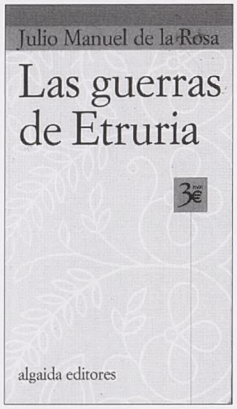
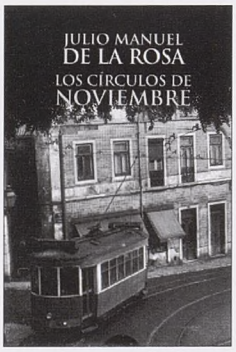
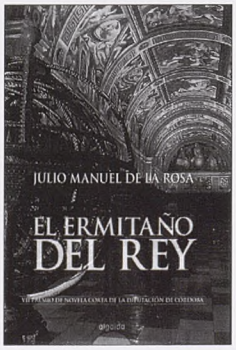
JULIO MANUEL DE LA ROSA, EL HONOR DE LA VERDAD

Francisco Núñez Roldán

Debió haber sido académico de la Real de la Lengua, y por supuesto de la sevillana, llamada de Buenas Letras, pero como Max Estrella en *Luces de Bohemia*, tuvo el honor de no serlo. Nos dejó muchos artículos periodísticos, un puñado de novelas y otro de narraciones y cuentos, con estilo personal, denso, barroco a ratos, lleno de destellos líricos donde asomaba el poeta que eligió no ser. Conocía la historia moderna de España y su literatura. Era liberal, de buena familia, y republicano por obligación, a fuer de hijo de represaliado. Era una de las personas más dignas que he conocido, esos que nos hacen mejores con su compañía, y de la cual nos orgullecemos como si hubiésemos estudiado y ganado unas oposiciones a amigo suyo. Maestro de periodistas, articulista y crítico literario, acabó inevitablemente chocando con la ranciedumbre del diario local para el que solía escribir, cuando este tomó partido por un mediocre y viperino albo duque consorte en el conflicto humano y literario que los enfrentó. Tenía como patria principal el lenguaje, tal que decía Pessoa, patria que hizo suya con la serena ferocidad del escritor de raza que no descansa en su aprendizaje y práctica alternas. Me decía que nada ansiaba tanto como escribir cuando se encontraba leyendo; y leer cuando estaba en la escritura. Nunca mendigó un premio literario ni escribió jamás otra cosa que lo que le dictaba su densa y cotidiana conciencia creativa. En su particular parnaso literario andaban Faulkner, Aldecoa, Baroja, Hemingway, Flaubert, Thomas Mann, Eça de Queiroz, Juan Benet, Caballero Bonald, Clarín y Julio Cortázar, entre los principales. Junto a José María Vaz de Soto era quizá el mejor conocedor de Cernuda que había en Sevilla, pero a ambos les estaba destinada la inveterada hibridación de ignorancia e ingratitud hispalenses cuando la







mayor institución mecenas de la cultura sevillana encargó a un grupo de escritores locales un costeado libro sobre la ciudad y el poeta, en el cual aparecieron textos a la medida de sus autores, y nada más. Eso nos perdimos todos. Y a pocas personas como a Julio podrían aplicársele justo las palabras que Cernuda dedica a José María Izquierdo cuando se pregunta que "...por qué se obstinó alicortado en su rincón provinciano, pendón de bandería regional, para unos cuantos compadres que no podían comprenderle."

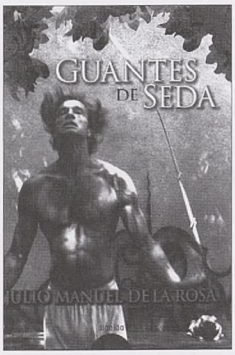
En esa misma línea de preterición, careció en vida de grandes homenajes o estudios profundos sobre su obra. Ninguna feria del libro le fue dedicada en su ciudad, por más que sí a escritores de menor valía pero mucha más mano izquierda. Sólo el profesor José Jurado Morales organizó unas discretas pero férvidas jornadas sobre su narrativa en la Universidad de Cádiz en 2014, y el profesor José Manuel Camacho otras aún más comedidas y vespertinas en la Universidad sevillana, en mayo de 2015.

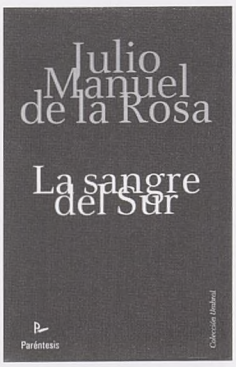
En lo personal, Julio era discreto hasta lo indecible. Gustaba de un buen vino, sabía admirar la belleza femenina, pero sobre todo era un conversador exquisito donde voz, temple, pausas y argumentos construían charlas fructíferas e inolvidables para quienes pudimos disfrutar el don de su amistad. Admito de todos modos que la solidez de su palabra y la densidad de sus argumentos podían hacer que su conversación llegara a ser excesiva para oídos poco indicados. Amigo hubo que pasó a la categoría de conocido por no poder seguir, y en consecuencia disfrutar, la enjundia, seriedad y complejidad de su discurso. Permítaseme la jactancia de creer que yo sí supe aprovechar algo el fruto de sus palabras. Y no tengo reparo en reconocer que se me saltan las lágrimas al pergeñar estas páginas dedicadas a alguien de cuya ausencia no me consuelo. Jamás le oí quejarse de nada. Y tenía unos cuantos motivos, de verdad. Que la tierra le sea ligera.

Julio Manuel de la Rosa entró en la eternidad y el recuerdo el 7 de febrero de 2018. Había nacido en Sevilla, el cinco de agosto de 1935, fecha muy apropiada para celebrar en verano

en Sanlúcar de Barrameda, lugar donde tenía un pisito y recalaba los estíos. Allí, desde mis veraneos en Cádiz, yo peregrinaba -el verbo es correcto- todos los años a ver al maestro, a conversar, a reír, a beber con él. A saludar a Caty, su irónica, encantadora, fumadora esposa, que nos dejó un par de años antes que él, justo como consecuencia del humo, al que Julio era también bastante aficionado, aparte del boxeo, arte (así lo llamaba) que había practicado en su juventud y en el que fue un entendido y aficionado posteriormente. Ni que decir tiene que también le gustaban los toros, y arrastraba honroso el reconocido baldón de ser devoto de Curro Romero... En fin, quizá se comprenda que, con tales premisas, esta evocación de Julio de la Rosa no sea demasiado ordenada ni imparcial por mi parte. Ni ganas.

Pero el lector quizá conozca la polémica de Proust contra Sainte- Beuve a propósito de si es conveniente o quizá imprescindible conocer la vida física de un autor para comprender, explicar su obra. Simplificando, digamos que Sainte-Beuve aseguraba que sí, y Proust que no, que la persona que ha escrito algo que nos ha conmovido no es la misma que conocemos en las relaciones sociales... No sé si los dos tenían razón, o cuál de ellos, pero en lo referido a Julio, él era proustiano, feroz defensor de que la relación con un escritor debía ser sólo textual. La persona decepcionaba siempre, decía. Aseguraba que era muy comprensible que el vecino que le veía salir en zapatillas a tirar la basura careciese en consecuencia de motivación admirativa hacia su obra, cosa distinta si sabía que el novelista residía por ejemplo en la lejana Nueva York, por más que el vecino del escritor neoyorkino a su vez perdiese interés literario por alguien que hacía lo referido. Y así. El caso era estar lejos, crear una distancia mágica de la cual pudiera brotar algo de magisterio, de sagrada veneración. Cierto que esto no se ajusta del todo al debate Proust/Sainte- Beuve, pero algo tiene que ver, si no en cuanto a génesis literaria sí en cuanto al contacto cercano. Y mira por dónde, quizá Julio era de los pocos autores que no decepcionaban al ser conocidos en persona tras haberse familiarizado con sus textos. Pero él no tenía esa experiencia respecto a otros escritores, tales como Juan Carlos Onetti o Graham Greene, por ejemplo, a quienes había encontrado en impresentable estado etílico cuando dio en conocerlos. Cosa, desde luego, que no ocurrió con Azorín a quien -ya casi hecho solo perfil y sombra- fue a visitar en Madrid cuando ganó su primer premio de cuentos. De su amistad con Juan Benet y con Ignacio Aldecoa tenía Julio anécdotas de todo tipo, abundando las benetianas donde asomaba el híspido carácter, y las mucho más tiernas y serenas de Aldecoa. Sin embargo, pese a una larga e interesante vida literaria, Julio no nos ha dejado unas memorias donde él hubiera podido decir la verdad y mentir, como es obligatorio en todas memorias que se precien. La de mediocridades





literarias que publican sus vidas, y la de buenas plumas que se van sin mentarlas. Nos queda su obra escrita, claro, como forma de memoria personal creativa, por más que, insisto, se echen de menos opiniones más subjetivas con respecto al curso de la propia existencia y vibraciones del autor.

Bueno, quizá esto no sea del todo verdad, referido a Julio. En la publicación de los textos de las jornadas gaditanas hay unas sabrosas páginas preliminares suyas que resumen la génesis de su canon literario y su pensamiento sobre las letras en general. Es un comprimido y precioso documento de autoestudio. Antes, en 2005, casi por casualidad y por encargo de la Fundación José Manuel Lara, había escrito un libro de memoria ajenas que por poco se convierten en propias, y bastante de ello tienen, queriendo o sin haberlo querido su creador. Me inclino por lo primero. El caso es que en las páginas dedicadas al hipotético biografiado, Alfonso Grosso, y dada la densa, tierna y contradictoria relación que tuvieron los dos escritores, Julio se ve obligado a descubrir fobias y filias, a diseccionar estilos, posturas personales y literarias, de modo que dicha biografía tiene en verdad la duplicidad referida, como fácilmente comprobará el lector que se acerque a ese hoy agotado libro. Incluso, algo poco normal en nuestro discreto autor, arremete en él contra la política de nuestra primera firma editora, en punto a su forma de tratar a sus escritores, de suerte que él me confesó ser el primer sorprendido en que se hubiesen permitido tales dicterios en un ramal menor, pero ramal, al fin y al cabo, de la empresa madre.

En la mini-autobiografía primera a la que me he referido antes, Julio comienza admitiendo que escribe hace más de cincuenta años, y tras varias respuestas conocidas o más o menos retorcidas a la eterna pregunta de por qué se escribe, la contestación que más le convence es la de García Márquez: "para que mis amigos me quieran más". Parecida pero un poco más desnuda que aquella que se recordará en Borges cuando afirmó que "...escribo para mí, para mis amigos, y para mitigar el paso del tiempo." De todas formas, a las palabras de Gabo, Julio confiesa que en su momento había añadido "y sobre todo mis amigas".

Ni que decir tiene que Julio había comenzado como furioso lector antes de iniciarse en la escritura. El domicilio paterno, junto al del abuelo, notario, estaba provisto de una sólida biblioteca donde nuestro escritor pudo acceder de entrada a los libros de aventuras que le llevarían a textos quizá no mejores pero sí más densos y concienzudos. De ahí, desde muy joven, su afición a escribir, que se inició con tres novelas que el autor califica de felizmente perdidas. Sin haberlas conocido como tales, según me confesó cuando se las dije, había hecho suyas desde el alba de sus letras las palabras de Carpentier para quien quiere ser escritor: leer mucho, escribir mucho y romper mucho. Con el instinto de un animal literario puro, Julio había intuido esas normas que resumió el maestro cubano, y su fuste creativo le hizo ganar pronto un concurso de cuentos en 1962. Luego, en 1971, el entonces prestigioso premio Sésamo de novela con *Fin de Semana en Etruria*, que tardó un año en publicarse debido a problemas con la censura, casi todos verdaderamente ridículos cuando no torpes y mojigatos, adjetivos estos que pueden comprobarse en la versión completa de la novela que la editorial Algaida dio a la luz en 2009. En ella aparecen en negrita los párrafos suprimidos, con una simbólica y fina rayita recta sobre cada línea, lo que permite su lectura. El hijo del represaliado no iba a ser menos que su progenitor. A ver.

Hay que volver a nombrar a Aldecoa y Benet, porque si del primero dice Julio que le enseñó las triquiñuelas y el hechizo del cuento, el segundo, faulkneriano radical, como se sabe, le aleccionó sobre cómo compactar el tejido de la escritura. Referido al cuento, es sabido que Julio llegó a ser gran cultivador de este género, en el que admiraba mucho a Hemingway y a Chejov. Nuestro desaparecido amigo decía ser siempre muy consciente de que el cuento precisa una suprema labor de síntesis y la práctica de una economía formal estricta, sin olvidar -en un exboxeador está más que justificado- el famoso "punch in the belly" que solicitaba Hemingway en todos los principios. El puñetazo en el estómago que nada más empezar acaparase la sorprendida atención del lector.

Siguiendo el símil deportivo, Julio, un punto boxeador en su juventud primera, se reconocía bueno en la media y corta distancia. Era así. Tiene sólo cuatro novelas de más de doscientas páginas, y las pocas obras inéditas que ha dejado no llegan ninguna a los ciento cincuenta folios. La última publicada, con el profético título de *La última Batalla*, tiene ciento trece, contando las de cortesía. Entre el cuento -medio y largo- y la novela breve se sentía a sus anchas este "fino estilista" de la literatura, como fue calificado de joven en el cartel de su primer y último combate serio de boxeo, asunto del cual Julio también intentaba sin éxito no querer acordarse.

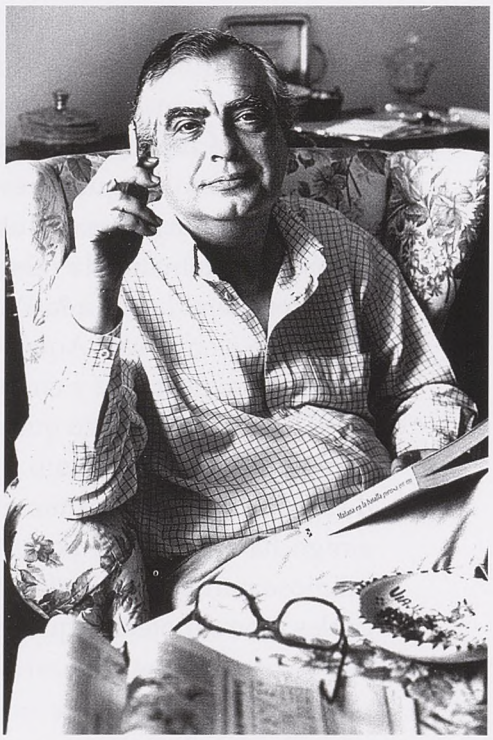
Como discípulo geoliterario de Faulkner, y en menor medida de García Márquez y Caballero Bonald, Julio dio también en crear una geografía propia donde escenificar algunas de sus obras. Se llamaría Etruria, y no tendría nada que ver con la vieja región de Italia. En realidad aquella geografía, especie de amplio partido judicial, entre montuno y de campiña, centrado en la urbe de dicho nombre, sería un trasunto de Sanlúcar la Mayor, un hermoso pueblo del Aljarafe sevillano en el que su abuelo había sido notario y donde Julio había pasado sus años infantiles, en la atmósfera de una gran casa familiar y en contacto con gentes, lenguaje y usos del lugar. Las experiencias de la guerra civil en el pueblo, unido a la mentada depuración paterna ayudarían a construir un inevitable discurso reivindicativo donde la mitología bélica y social sería melodía recurrente, con el bajo continuo de una permanente visión comprensiva hacia los más humildes, hacia los derrotados, hacia los marginales.

Esa fue, ahora que los nombro, otra de las constantes en la ficción de Julio, y en esto tenemos que darle algo de razón a Sainte-Beuve. En toda la narrativa de Julio hay siempre una aproximación comprensiva hacia el dolor humano, hacia los injustamente tratados. Hay compasión, en su más prístina etimología, la de padecer junto a alguien, que es lo que significa. Ahí Julio sí respira por las heridas familiares de la marginación política y dará siempre su mano literaria a figuras que sufren pero no merecerían sufrir, a gentes nobles, esquinadas por la vida, obviados por quienes no ven en ellos la entereza y dignidad que sí capta el autor. En ese aspecto, hay figuras señeras en sus novelas y cuentos, frecuentemente derribadas pero no por ello rendidas en su interior, como lo fuera don Quijote, quizá nuestro más bello modelo de victoriosa derrota. Estoy pensando en el infeliz boxeador protagonista de *Guantes de Seda*, en Benito Arias Montano, en la magnífica novela *El Ermitaño del Rey*, en los republicanos cautivos en el barco prisión, o los que construyen el llamado canal de los presos, y sobre todo, para mí, el personaje más bello y tierno de toda la literatura juliana: Antonio Manacés, el discreto y devoto barbero de Fernando Pessoa en su novela *Los círculos de Noviembre*. Para mí, la más tierna, la de más altura humana y poética. La mejor.

Esa voluntad ética, independientemente de la estilística, es una de las constantes que pueden verse fácilmente en cualquiera de las obras largas o cortas de Julio de la Rosa. En ese aspecto, el lector no iniciado aún, y al cual conmino a que lo sea, ha de saber que no encontrará morbo gratuito o elucubraciones absurdas y empingorotadas en los referidos párrafos. Julio no escribe sólo para escribir bien, sino para contar algo sin fastidiar o tensar al entendimiento de quien se acerca a sus páginas. No hay exhibición superflua de conocimientos ni acogotamiento del

lector por mano de un lenguaje personalista, subjetivizado hasta casi lo incomprensible, cual es no pocas veces el estilo narrativo y no digamos poético de quien está obsesionado más en que lo admiremos que en representarnos la vida que pasa por delante de sí o de su imaginación.

Así y todo, en su estilo, y ahora un poquito de razón a Proust, hay una cantidad asombrosa de destellos líricos, de hallazgos cromáticos que iluminan el texto, incrustando esas gemas que son los hallazgos metafóricos inesperados, justo más gustosos por no aguardarlos el lector en un relato descriptivo. Aquí sí que no sabemos, no sé, al menos, de dónde le viene a Julio esa línea poética que salpimenta con frecuencia las descripciones. Por eso mentaba yo a Proust, dándole la razón cuando, en un momento de la polémica referida, aseguraba que "... no hay que confundir el yo profundo del escritor con el yo contingente y social del hombre." Debe de ser así, porque aparte del Julio de la infancia rural, del padre represaliado, de su piedad hacia los otros, hay un Julio que también asoma en quiebros del lenguaje cuya belleza nada tiene que ver con situaciones familiares o sociales. Un Julio que depuró y alambicó sus muchas lecturas hasta que de estas se fue sedimentando en su interior un magma personal complejo, rico y en ebullición continua, magma como un pozo en el cual el autor echa el cubo de su actividad y saca lo que no esperaba pero intuía que estaba allí. Un producto estético que, por otra parte, de no haberse molestado en echar ese cubo en el insondable magma



Julio Manuel de la Rosa en su casa (2001)
Foto de Sanguinetti-Anaya

referido, no hubiera aparecido nunca. Tal sabemos que es el recurso y la obligación de cualquiera que escribe. Pero la de Julio era, es, un compendio cuantitativo y cualitativo considerable en el cual por poco que se esforzara el escritor extraía siempre algo digno, algo meritorio, algo nuevo, algo bello.

Termino. Sé que en estas páginas falta referencia ordenada a las obras más o menos significativas de Julio. No es descuido. Esto no era un resumen literario. Para una sistematizada relación de las novelas y libros de cuentos de Julio de la Rosa remito al lector a la Wikipedia o a cualquiera de las biografías que pueden consultarse en la red. Aquí sólo he pretendido hacer un ligero retrato, híbrido de admiración, nostalgia y cuatro cosas recordadas que no salen en ningún otro sitio.

Y acabo con algo que anotaba al principio: de verdad, qué mal lo he pasado escribiendo de Julio como de una ausencia, por más que nos quede el consuelo de su palabra escrita como medida y justificación del autor. Pero en la muerte del amigo ha sido de las pocas veces que yo hubiera querido volver a ser persona religiosa para haber blasfemado mis quejas, sabiendo que había unos oídos implacables y omnipotentes que me escuchaban.